



LUIS ENRIQUE DELANO

QUILLOTA: UNA VISION RETROSPECTIVA

Fotos: RICARDO KELLY

MIS recuerdos de Quillota se remontan a los días, ¡ay! tan lejanos de la adolescencia. Estudié allí las humanidades, lo cual quiere decir que hablaré de Quillota como era hace cuarentaicinco años o un poco más, tendida junto al cerro Mayaca —lugar de tantas correrías y aventuras— y mirando correr en sus alledaños el torrente tranquilo del río Aconcagua, donde los muchachos íbamos a bañarnos en la estación calurosa. Un largo puente —debe haber tenido, o debe tener si es que todavía existe, más de un kilómetro— separaba a Quillota del pequeño pueblo de Boco, donde los buenos caballeros quillotanos solían hacer sus escapadas periódicas a disfrutar de cazuelas de ave campesinas, con abundante riego. Bajo el puente había más arena, tierra y achaparrada vegetación, que agua. Pero a veces el Aconcagua pasaba bien crecido y junto a su corriente formaba pozas de apariencia tranquila, pero traicioneras como ellas solas. Yo estuve a punto de ahogarme en una de esas lagunas. Creo que es la vez que he visto más de cerca la muerte.

No obstante la proximidad de Valparaíso, a la cual la unían varios trenes (recuerdo muy

bien el "Arratía", llamado así por un conductor de ese apellido "la pava", el "tren de los curados" y otros de carácter local), Quillota tenía todo el aire y el sabor pueblerinos de esas ciudades apegadas al pasado y a la agricultura. Que yo recuerde, había sólo industrias pequeñas, conservas y cosas así. Pero en ciudades cercanas era otra cosa: en La Calera, el Cemento Melón; en Quilpué, los fideos Carozzi, etc. Quillota viviría —me imagino— de la tierra aldeaña, fundos, chacras, huertos. En el colegio yo tenía varios compañeros que iban a clases desde el campo: uno de ellos llegaba a caballo todas las mañanas; otro iba en una "cabritra", un pequeño coche de dos asientos, tirado por un caballo. El clima dulce y soleado de Quillota hacía de la región la proveedora de las más exquisitas frutas, enormes chirimoyas, paltas pesadas y oleosas, lúcumas amarillas y otras delicias que llenaban de orgullo a la gente. Una vez se dio una chirimoya que pesaba seis kilos. Tengo idea de que se la regalaban al Príncipe de Gales o a algún otro personaje extranjero que por esos días visitaba Chile.

la plaza

POR las tardes, la juventud se hallaba invariablemente en la calle Chacabuco, cercana a la estación de los ferrocarriles, aplinando la acera por un par de horas, mientras esperaba la llegada de los trenes de Valparaíso. Los domingos a mediodía, la cita era en la Plaza de Armas, agradable, con árboles de buen follaje que defendían del sol. Allí giraban los "dos discos de sexos" de que habló un poeta refiriéndose no a la de Quillota, sino a la Plaza de Armas de Santiago. Hombres y mujeres, jóvenes y muchachas cambiando miraditas, saludos y suspiros, todo con mucho recato. Recuerdo el escándalo, la avalancha de comentarios que provocó hacia 1925 o 1926, una veraneante santiaguina que sacó un pomo de rouge de su cartera y se pintó los labios en público.

En la plaza estaban la iglesia, la casa parroquial, el Teatro Municipal, administrado por el señor Blanchard. Eran los tiempos del cine mudo. Emil Jannings, Lia de Putti, *Las tragedias del amor*, las hermanas Talmadge, Harold Lloyd, Y Chaplin, naturalmente. En el invierno solían ir compañías teatrales, cupletistas y hasta una ópera con cantantes chilenos. Recuerdo el deslumbramiento que me producía oír cantar a Lila Cobo "Lo vi por la calle pasar a mi lado —me dijo un requiebro— que fue de mi agrado" y otras canciones de la época, vestida con un largo traje brillante (debe haber sido de lamé o algo así) y un penacho de plumas surgiendo de su cabellera negra.

Una vez llegó una compañía de teatro en la que el galán era nada menos que Pedro Sienna. Yo conocía muy bien sus versos y había visto algunas de sus películas; lo admiraba como un estudiante de quinto año de humanidades podía admirar a un poeta hecho y derecho. Con mi amigo y profesor de francés Romeo Murga, fui a visitarlo en el hotel, hacia el mediodía. No se había levantado y lo esperamos. Desde entonces me une a Pedro Sienna una buena y muy grata amistad.

el liceo

EL liceo de hombres de Quillota era en aquellos años una especie de reductor liberal (en el buen sentido de la palabra) dentro de un medio ultra conservador. Esto lo sentí muy claramente cuando me cambié de un colegio religioso de la misma ciudad al cuarto año del liceo. Fue un impacto directo y rápido. Como ocurre en la adolescencia, cambié bruscamente, feliz de ponerme ese traje nuevo, amplio y a mi gusto, que me hizo comprender que antes había vivido en un ambiente estrecho y convencional. Impartían este carácter al liceo el rector, don Rafael Cavada, y profesores como Luis H. Contreras, Germán Parra y sobre todo, Romeo Murga, poeta y profesor de francés de veinte años, recién salido de las aulas del Instituto Pedagógico.

Las "Victorias" o "Chicoteados" aún le otorgan un toque romántico a la Estación de Quillota



En aquella época, los estudiantes de los cursos superiores teníamos muchas inclinaciones intelectuales y muy escasas de tipo deportivo. Recuerdo, por ejemplo, las fiestas de primavera, que eran la delicia de la ciudad y una verdadera ebriedad de entusiasmo para nosotros. Eran preparadas totalmente por los alumnos de quinto y sexto año. En las de 1924, montamos una obra teatral muy famosa en aquellos días, *Los payasos se van*, de Hugo Donoso. Yo hacía en ella el papel del pintor y para estar más en carácter, le pedí prestada su capa al cura Fernández, el profesor de religión. La capa entusiasmo a Romeo Murga y la usamos alternativamente durante un par de semanas... Pusimos también una opereta bufa, compuesta en su mayor parte por Murga, *El rey que rabea*, con tanto éxito que fuimos invitados a representarla en Limache, Quilpué y otros pueblos vecinos. En general, las fiestas de la primavera nos demandaban tanto esfuerzo, que un mes antes de su realización dejábamos de ir a clases para poder prepararlas.

ímpetus intelectuales

SI, para los estudiantes, publicar una revista era mucho más importante que un partido de fútbol. Hicimos varias: *Floreal*, consagrada a la primavera quilotana de 1924 y dirigida por Romeo Murga; *Thermidor*, *Abánico*. Esta última fue obra de Alejandro Gutiérrez, Edmundo Reyes y mía. Revistas con muy buena intención y materiales a veces muy dudosos... Estábamos con la revolución literaria, la poesía nueva, las teorías, los ismos. Nuestra admiración más grande se proyectaba hacia Pablo Neruda, que sólo había publicado entonces el *Crepusculario*. Políticamente, éramos rebeldes, revolucionarios, pero teníamos una gran confusión en la cabeza. Habrían de pasar varios años antes de encontrar un camino y una concepción más o menos ordenada del mundo y los fenómenos sociales.

Entre otras novelitas liceanas, pertenecí a una sociedad secreta estudiantil, fundada en el liceo de Valparaíso y que tenía una ramificación en el de Quillota. No éramos más de tres o cuatro los miembros de esa "logia". Un día llegó un "hermano" de Valparaíso. Se llamaba Del Solar, se había peleado con sus padres, abandonó la casa y nosotros nos vimos en el duro aprieto de buscarle alojamiento y comida. Lo hospedamos en... la biblioteca del liceo, que tenía una puerta a la calle. Ponce, el bibliotecario, pertenecía también a esa espe-



Un rincón de la hermosa Plaza de Armas

cie de francmasonería estudiantil y, arriesgando su puesto, permitió que Del Solar durmiera allí, largos días, sentado en un sillón, y se alimentara de unas latas de sardinas y duraznos que habían sobrado de una rifa de los boy-scouts y que se guardaban en la biblioteca.

los fantasmas

HE vuelto muy pocas veces a Quillota, pero esa ciudad sigue siendo un pozo de recuerdos amables y sonrientes que incluyen una adolescencia dinámica, las primeras rebeldías, los primeros versos, los primeros amores.

Cómo olvidar los árboles de la plaza, a la fotógrafa ambulante que día por medio nos

sacaba una instantánea de esas que el tiempo vuelve amarillentas y termina por borrar; al barquillero (a 5 centavos la vuelta en la ruleta que tenía en la tapa de su tarro, con probabilidad de sacarse hasta 16 barquillos); a las niñas del liceo, desparpamándose como pájaros, con sus trajes azules y sus calcetines blancos.

Se me ocurre que si uno no vuelve a menudo a los lugares de la adolescencia es para no sentirse rodeado de fantasmas. De los profesores de esa época, muchos han muerto (don Rafael Cavada, Ruth del Canto, el Dr. Revecco, Romeo Murga). Mis amigos se han dispersado: Pepe Izquierdo, Germán Baltra, Edmundo Reyes, Elías Ugarte, el chino Court, Raúl Vicencio. ¿Qué será de mis compañeros de curso, de Elianira Ríos, de Perico Miller, del mono Alfaro?

El moderno edificio del Liceo de Hombres de Quillota

